

Mis biografías preferidas

Por ENRIQUE GUARNER

EL género literario biográfico constituye una forma de narración que atestigua la vida, el carácter y las acciones de un determinado personaje. Al contrario que en la novela, se escribe sobre alguien que ha existido. En otras palabras, se utilizan los hechos históricos con la intención de realizar la obra y los grandes biógrafos son aquellos que van más allá de los sucesos proporcionándonos un cuadro verídico de la naturaleza de las motivaciones inconscientes del individuo estudiado. Vale la pena citar aquí lo que Samuel Johnson opinaba sobre este tema señalando: "Se necesita no sólo saber la razón por la cual alguien se volvió importante, si no si fue feliz con ello. También conocer si obedeció o no a su gobierno y las razones de su concordancia o desacuerdo".

Las biografías anteriores a la era Cristiana carecieron de importancia puesto que la fuente principal en los "Diálogos" de Platón sobre Sócrates se refieren a sus ideas más que a la persona.

De la misma manera "Los Evangelios" resultan demasiado incompletos al tomar en cuenta los años iniciales de la vida de Jesucristo y sus últimos tres. Con ello nos dejan a la imaginación lo sucedido durante unos treinta años de su existencia.

Por lo tanto debemos considerar "Las Vidas paralelas" de Plutarco como el primer intento importante en el campo de la biografía. A lo largo de su recuento el filósofo de Querona que viviera en el siglo I de nuestra era, narra la historia de 23 parejas de los hombres importantes de Grecia y Roma comparándolos entre sí. En el volumen aparecen los siguientes pares: Teseo y Rómulo, Licurgo con Numa Pompilio, Solón añadido a Publicola, Alcibiades y Coriolano; culminando sus parejas con las que forman: Alejandro Magno a la par de Julio César, Demostenes y Cicerón, así como Demetrio con Marco Antonio.

Desde que en 1517 se imprimió en Florencia la primera traducción de las "Vidas Paralelas" de Plutarco se multiplicaron sus ediciones alcanzando cifras insuperables en el siglo XVIII. Se puede afirmar que la obra se constituyó en la lectura obligada de todos los historiadores o militares como Napoleón, quien la consideraba su libro favorito. Es más, para Shakespeare fue la obra principal que documentó sus dramas; pero tengo que manifestar aquí que salvo algunas de sus páginas se trata de un tomo árido y cansado. La razón parte del relato con detalles frecuentemente quisquilloso sobre territorios desconocidos para nosotros. Además muchos personajes han perdido su vigencia volviéndose hasta superfluo saber acerca de sus vidas. Por último no me convence la simpatía que el historiador sentía hacia los espartanos o sus fuertes ataques a Herodoto.

Por el contrario, a lo largo de mi vida he gozado con la lectura del romano Suetonio, quien viviera en los años inmediatos a la muerte de Nerón. Este autor fue secretario de Adriano por lo que tuvo acceso al Archivo Imperial en su documentación, pero más que nada supo guiarse por las anécdotas y chismes que circulaban para burlarse del carácter de los Emperadores. Con esto las semblanzas de doce césares resulta un verdadero deleite para cualquier lector. Además Suetonio poseía una enorme capacidad para la descripción física, la indumentaria

y la manera de razonar de los personajes. Si a ello le añadimos los detalles familiares, las supersticiones que les rodeaban, los episodios bélicos, espectáculos a los que asistían y las costumbres de la época, estas biografías se han convertido en una lectura imprescindible.

La primera vida que fuera científicamente relatada fue la que escribió James Boswell en "The life of Samuel Johnson" en 1763 cuando contaba treinta años y su biografiado 54, pero tomó nota de todas las conversaciones que sostuvieron y revisó por completo su correspondencia, a lo que agregó entrevistas tanto con sus amigos como enemigos. Procedimiento que desde entonces ha sido adoptado por la mayoría de los historiadores como el usual. Sin embargo, a pesar de la trascendencia del texto me inclino más por la biografía que sobre Samuel Johnson escribió Thomas Macauley en 1840 y que en mi opinión constituye un modelo de belleza literaria.

En el siglo XIX el norteamericano Washington Irving quien era un ferviente hispanista nos legó una buena biografía en cuatro tomos sobre Cristóbal Colón. No obstante, mi preferencia de este descubridor es la de Björn Lanström aparecida en 1967.

A fines del siglo XIX surgió un estupendo biógrafo español en don Marcelino Menéndez Pelayo con su "Historia de los heterodoxos españoles", publicada en 1910. En el prólogo su autor cita una bibliografía copiosísima sosteniendo que anteriormente solamente existían estudios fragmentarios de los herejes, los que en el fondo se asemejan al haber sido grandes católicos que se apartaron de la religión, dejando en su favor aportaciones humanistas de la mayor importancia. Menéndez Pelayo fue un ejemplo de precocidad pues alcanzó el grado de catedrático a los veinte años, académico a los veinticinco y director de la Biblioteca Nacional desde los treinta, donde comenzó este fantástico estudio en siete volúmenes en los que trata con enorme imparcialidad y elegancia las cuestiones filosóficas y de teología. Creo que mi capítulo favorito es el relacionado con Miguel Servet.

Durante esta misma época Inglaterra tuvo en Lytton Strachey a un biógrafo admirado. Su famoso tomo "Eminent Victorians" (Los victorianos eminentes) publicado en 1918 alcanzó una merecida popularidad, la cual se incrementó con el estudio y análisis que posteriormente realizó sobre la reina misma. La idea fundamental de Strachey era: "La exclusión de lo que fuera redundante y que no faltara nada significativo".

Alrededor de 1920 surgieron en la Europa Central dos biógrafos que alcanzaron una enorme difusión. El primero era Emil Ludwig, autor de una larga serie que incluía a: Goethe, Napoleón, Beethoven, Bismarck, Guillermo II y otros personajes. En general no proporcionaba ninguna bibliografía pero por su ingenio y claridad resultaba fácil de leer. Mi favorita fue la de Napoleón Bonaparte de la que disfruté en mi adolescencia.

En lo personal me gustaba más el austriaco Stefan Zweig, quien poseía una curiosidad insaciable y una mayor sensibilidad para describir a los biografiados. Desde 1925 hasta la segunda guerra mundial, influido por su amigo Sigmund Freud, descubrió las motivaciones inconscientes de los personajes. Particularmente me entusiasmó su Magallanes y el libro tristísimo sobre el destino de

María Antonieta. Terriblemente afectado por la pérdida de sus objetos queridos que incluían partituras de Beethoven, Stefan Zweig y su esposa se suicidaron ahogándose en la playa de Copacabana cuando en 1942 vivían en el Brasil.

El académico André Maurois realizó en los treinta biografías sobre Disraeli y Marcel Proust. Sin embargo, la que prefiero es la referente al poeta inglés Percival Shelley.

Un médico y endocrinólogo español Gregorio Marañón estudió con cuidado al secretario de Felipe II, Antonio Pérez y al Conde Duque de Olivares. El análisis psicológico de estos dos protagonistas de la Historia Española es cuidadosísimo y ameno. En lo que respecta a los reyes de ese país me fascina la investigación emprendida por Karl Brandt sobre Carlos V. Rafael Altamira, quien me diera cursos de Historia al haberse refugiado en México, nos legó una interesante biografía de Felipe II.

Nancy Milford ha escrito una serie de libros bellamente ilustrados que incluyen a Madame Pompadour, Luis XIV y Federico el Grande. Los tres están bien documentados y son de fácil lectura.

Entre los numerosos volúmenes que poseo acerca de Napoleón mis favoritos son el de Octave Aubry y el más reciente ilustrado en dos tomos que dirigiera el historiador Francois Barbé. También me divierten el que sobre su vida privada escribiera Jean Savant, o el del inglés Frank Richardson, quien pone en duda la heterosexualidad del Emperador.

Desafortunadamente un personaje tan desagradable y macabro como Adolfo Hitler ha sido objeto de incontables biografías. Todas con la excepción de la de Joachim Fest, que trata de verle alguna cualidad, le son desfavorables, por lo cual me inclino a la de Allan Bullock o la más reciente de John Toland.

En los ochentas la historiadora británica Antonia Frazer construyó una excelente biografía de la desdichada María de Escocia, que leí con deleite. También me dejó complacido la de Wellington. Por otra parte Margarita Longford estudió a la reina Victoria y Christopher Hebbert realizó una insuperable de la época de Carlos I de Inglaterra.

En un país tan corrupto como el nuestro valdría la pena que los Presidentes conocieran del procedimiento agresivo del que se valió Mustafa Kemal para desterrar el soborno de Turquía. Por ello resultaría indispensable que leyeran "Ataturk" de Lord Kisson. Otra buena biografía tomando la perspectiva de los últimos años del nefasto Reza Pahlevi fue escrita en 1988 por William Shawcross y se intitula "The Shah's last ride".

Estados Unidos ha tenido un excelente relator de la vida de Abraham Lincoln en Karl Sandburg. John Woods es un buen especialista en Roosevelt y John Schlesinger, aunque parcial, conoció profundamente a los Kennedy.

En lo que respecta a México el periodista norteamericano Ralph Roeder neoyorquino quien terminó suicidándose, trazó con maestría la vida de Benito Juárez. Asimismo me agrada y leí con agrado sobre Maximiliano y Carlota a través de Joan Haslip. También interesante, tratando este mismo tema fue "The cactus Throne" por Richard Connor.

De la época de la Revolución me gusta la biografía de John Womack acerca de Emiliano Zapata. Por desgracia nuestros biógrafos nacionales nunca citan fuentes, resultando demasiado rústicos e inexactos. Sus trabajos se plagan de opiniones personales transformándose en malas novelas.